

**Pascua B515--Mayo 3 2015**

**Salmos 22:23-31**

**Isaías 56:1-7**

**Hechos 8:26-40**

**Juan 15:1-8**

***Reservamos el Derecho a Servir...a Todos***

Recuerda que, hace años, en un esfuerzo a no dejar a los afro-americanos entrar, restaurantes en todo el Sur pusieron letreros: “¡Reservamos el derecho a negar servicio a cualquiera!”

Lester Maddox tenía uno en su puesto de pollo asado en Atlanta—y lo reforzó con una foto de él al lado de la puerta principal con una hacha. Ahora, por si se le haya olvidado—o si tienes menos de sesenta años—Maddox con su hacha como ayuda de campaña, le ganó a Jimmy Carter en la campaña de gobernador de Georgia en el ‘66. El Sr. Maddox una vez dijo que Carter era un mentiroso, incitando a la secretaria de prensa de Carter, Jody Powell, decir, “Siendo llamado un mentiroso por Lester Maddox es como ser llamado feo por un sapo.”

Tenía razón. Lester no era muy ético ni inteligente. Lo que le daba la ventaja a Maddox era el hecho de ser blanco. En Georgia en esa época, si eras blanco estabas seguro—si eras negro, pues no lo estabas.

Acabamos de leer uno de esos cuentos de quien está “seguro, no seguro.” Según el relato de Lucas en Hechos, un fulano etíope estaciona su carruaje en una área de descanso en Gaza. Sabemos que va en camino a casa después de subir a Jerusalén para alabar. Sabemos que es rico—puesto que pudo pagar por un carruaje y una copia personal de las escrituras de Isaías. Y es importante—el tesorero de la reina de Etiopía.

Pero, como la mayoría de los hombres sirviendo una reina antigua, ha sido emasculado como condición de empleo. Y eso significa, que aunque lee las escrituras y toma el esfuerzo de cruzar ríos y desiertos para alabar en el templo del Dios de Israel, nunca podrá ser parte del pueblo de Dios. No cabe en ese círculo—es un forastero, un gentil, un extranjero. Pero lo más ofensivo de todo, es un eunuco.

¿Por qué son tan ofensivos los eunucos? Pues, porque la ley de Dios lo dice. En Deuteronomio (23:1), en una lista de reglas relacionadas al sexo, dice así: “*Moisés dijo a Israel, ‘Ninguno que haya sido castrado o que tenga cortado su miembro viril entrará en la asamblea del Señor.’*”

Y por eso, aunque se nos diga que él había “*subido a Jerusalén a alabar,*” no sabemos si lo realizó. Después de que todas las reglas dicen, “¡no!” ¿No le puede imaginar ahí, merodeando, tratando de entrar, caber en ese círculo?

Pero, es detenido en la puerta. Igual al letrero que dice—“¡Reservamos el derecho a negar servicio a cualquiera!” Vea que la ley de Dios es clara—ninguno que sea diferente sexualmente, cuyas partes pudendas han sido mutiladas, puede ser parte del pueblo de Dios. ¿Por qué? ¡La Biblia nos lo dice! Por lo tanto, está fuera y nunca puede entrar.

Así es. Él no puede cambiar quien es, y no puede cambiar la ley de Dios. ¿Quién lo puede hacer? Ni usted ni yo, para nada. Solamente Dios puede cambiar la ley de Dios.

Y eso es exactamente lo que hace Dios. Lucas nos dice que el etíope está de regreso a casa—por un camino desierto como lo está su espíritu—leyendo las escrituras. No sé que le lleva a leer las escrituras de la gente que le acababan de cerrar la puerta en la cara, pero lo hace. Y tropieza con un pasaje en el quincuagésimo tercer capítulo de Isaías: “*Como oveja fue llevado a la muerte, como cordero delante de sus trasquiladores se callará y no abrirá su boca. Sufrirá la cárcel, el juicio y la muerte; ¿y quién entonces contará su historia, si él será arrancado por completo de este mundo de los vivientes?*” (RVC)

Lee de alguien quien fue negado una vida entera, cortado del pueblo de Dios, tratado como un ser inexistente, condenado a vivir y morir sin una familia que le siguiera y le recordara, para preservar su nombre. El eunuco se pregunta, ¿quién es este? ¿Qué ha hecho? ¿Qué le pasará?

Precisamente en este momento, llega Felipe. A usted le encantaría Felipe. Este Felipe no era el discípulo Felipe, sino uno de los primeros diáconos escogidos por la iglesia para hacer los trabajos menos atractivos que necesitaban realizarse—cuidar de las viudas, sirviendo mesas, limpiando, trabajando la dispensa de alimentos...ese tipo de quehacer.

Pues, después de que Pablo comenzó a perseguir a la Iglesia y el grupo pequeño de Cristianos se regó fuera de Jerusalén para salvarse, Felipe se encuentra en Samaria—un lugar lleno de gente de raza mixta, odiados por los judíos. ¿Y qué es lo que hace el Diacono Felipe, el mismo un judío? Pues, no hace nada menos que predicar el amor de Jesús, bautizar una ciudad entera de samaritanos, y dice, “Bienvenidos, hermanos y hermanos, a la familia.”

Y cuando menos se da cuenta, el Espíritu le dice a Felipe que vaya a ver a alguien en un camino desierto. Y Felipe va. Llega a este hombre y le pregunta si entiende lo que lee.

“¿Cómo puedo?” le responde el etíope. Esas dos palabras me conmueven. “¿Cómo lo puedo hacer cuando tu pueblo no me deja entrar? ¿Cómo puedo cuando me temes tanto que ni me hablas? ¿Cómo puedo?”

Y Felipe dice lo que los diáconos siempre están diciendo, “Déjame ayudarte.” Y sube y se acerca al quien otros le dan la espalda y le explica del quien Isaías escribe, de quien fue negado justicia, quien fue cortado sin descendientes, ¡es Jesús de Nazaret!

No lo puedo comprobar, pero me pregunto si Felipe entonces se desplaza por el pasaje y le dice al eunuco: “Si piensas que eso es maravilloso, escucha esto: *‘Y el extranjero que sigue a Jehová no hable diciendo: Me apartará totalmente Jehová de su pueblo. Ni diga el eunuco: He aquí yo soy árbol seco. Porque así dijo Jehová: A los eunucos que guarden mis días de reposo, y escojan lo que yo quiero, y abracen mi pacto, yo les daré lugar en mi casa y dentro de mis muros, y nombre mejor que el de hijos e hijas; nombre perpetuo les daré, que nunca perecerá.’*”

Y, con el audacia de alguien quien por primera vez escucha que el Evangelio no sólo es para otros pero también para él—lo recibe. “¿Aquí hay agua!” le dice Felipe, “¿hay algo que me impida ser bautizado?”

Y Felipe hace lo que Jesús hacía cuando alguien no encajaba, alguien de afuera. Le da la bienvenida. Mira a la persona; escucha al Espíritu. Y, mientras zambute al eunuco en la corriente dice, “Te bautizo, hermano, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Bienvenido a la familia.”

Ahora, si piensa que todo esto es emocionante, escucha a lo que sucede después. Lucas dice, “*Cuando salieron del agua, el Espíritu del Señor se llevó a Felipe y el eunuco no volvió a verlo, pero siguió su camino lleno de gozo.*”<sup>40</sup> *Mientras tanto, Felipe se encontró en Azoto, y allí anunció el evangelio en todas las ciudades, hasta que llegó a Cesarea.*” (8:39-40)

Lo que es súper emocionante es que en cuanto se nos dice que el Espíritu mandó a Felipe al eunuco, aprendemos que ya que pasó eso, el Espíritu le da otra misión.

Alguien ha dicho que el libro que llamamos “Los Hechos de los Apóstoles” deberá ser llamado “Los Hechos del Espíritu Santo.” Seguro de que los apóstoles hacen mucha acción, pero la mayoría de sus acciones son una reacción. La acción real es del Espíritu Santo. Abra el libro de Hechos y véalo. Todo movimiento que la iglesia toma es iniciado, fomentado y estimulado por el Espíritu Santo.

El relato de hoy es de cuando el Espíritu reescribe la ley de Dios sobre quien está dentro y fuera de todo. De ahora en adelante, nadie está fuera—¡cual sea su estatus de minoría! ¡Está es la voluntad de Dios!

Ahora, todo esto tiene implicaciones practicas. Tome la cuestión que ahora está en la Corte Suprema—la de matrimonio entre personas del mismo sexo. Los jueces conservadores todos implicaron que el matrimonio entre personas del mismo sexo es un cambio sísmico en la tradición del matrimonio practicado por milenios. Es cierto. De hecho, todos los matrimonios entre personas consentidas y entregadas al amor, como practicado los últimos 200 años, es un cambio drástico de los arreglos matrimoniales practcados por la mayoría de la historia humana—arreglos basados menos en amor que en poder, coerción, dominación, poligamia, esclavitud, acuerdos de negocio y alianzas políticas.

La libertad a casarse, independiente del sexo, es importante porque creemos que el amor, el llamado a amar y ser amado, está en el centro de lo que significa ser humano. Las cosas que hacen el matrimonio santo—amor, fidelidad, apoyo, nutrición—pueden estar completamente presentes en cualquier matrimonio, sin importar la identidad sexual de los matrimoniadados. Tales compromisos y beneficios deberían estar a la disposición de todos. A nadie se le debe cerrar esta puerta.

Hace un tiempo atrás esto apareció en *The Boston Globe*:

Acompañada por su comprometido, una mujer fue al Hotel Hyatt de Boston para ordenar el banquete de la boda. Los dos se desempeñaron en el menú, seleccionaron los platos y los arreglos de flores. La cuenta lleo a trece mil dólares. Después de entregar el pago inicial de la mitad de esa cantidad, la pareja fue a casa para trabajar en los anuncios de la boda.

El día que los anuncios se deberían de mandar, el novio se echó atrás. “No estoy seguro,” dijo. “Es un compromiso grande. Hay que pensarlo un poco más.”

Cuando su comprometida molesta regreso al Hyatt para cancelar el banquete, el Gerente de Eventos no pudo ser más comprensivo. “Lo mismo me pasó a mi,” dijo, mientras contaba su propio relato de un compromiso roto.

“¿Pero un reembolso? Tienes dos opciones—perder el pago inicial u continuar con los planes del banquete. Lo siento.”

Parecía loco, pero entre más lo pensaba más le gustaba la idea de continuar con los planes de la fiesta—no un banquete de boda, pero una fiesta en grande. En su mente, una idea comenzó a formarse—regalaría una noche a los pobres de Boston.

Y así fue como el Hyatt Hotel en Boston presentó una fiesta nunca antes visto. La anfitriona cambio el menú—en honor al novio cobarde, dijo—a pollo sin hueso, y mandó invitaciones a las misiones de rescate y los refugios de desamparados de Boston.

Y en una noche caliente de verano, la gente acostumbrada a pelar pedazos de pizza de cartones, comieron pollo al cordon bleu. Los meseros del Hyatt estaban en trajes sirviendo hors d’oeuvres a los ciudadanos ancianos sustentados en muletas y andadores de aluminio. Señoras, vagabundos, y adictos tomaron un descanso de la vida difícil de la calle y tomaron champaña, comieron pastel de boda y bailaron las melodías de grupos grandes hasta muy tarde en la noche. (En Philip Yancey, *What’s So Amazing About Grace*)

Amigos, no podemos adelantarnos de Dios. Recepción e inclusión comienza no con nosotros, sino en el corazón de Dios, en el resuelvo grande del Espíritu de romper cada pared y cada barrera y cada regla que disminuye y

excluye, y a tener un pueblo unido no como el mundo une pueblos—por raza, sexo, clase, orientación—pero unido por la graciable, misericordiosa, aceptante, amorosa, inclusiva llamada de Dios—un Dios cuyo nombre es “Bienvenido.”

**Amen.**